

# SECRETOS DE LA CUARTA EDAD

JULIÁN GUTIÉRREZ CONDE

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
1. UDALOST (EL SUCESO) .....	9
2. KOLIZE (ENCONTRONAZO) .....	18
3. ZMATEK (DESCONCIERTO) .....	24
4. VPREDU (ENFRENTÉ) .....	30
5. SACKGASSE (ENTRADA SIN SALIDA) .....	37
6. BIBLIOPOST .....	48
7. WASSERFÄLLE (CASCADAS) .....	58
8. ASPIRACE (ASPIRACIONES) .....	70
9. STAHLKLEID (EL VESTIDO DE ACERO) .....	83
10. UNBEKANNT (INCÓGNITA) .....	95
11. RISKOVAT (ARRIESGANDO) .....	107
12. IDENTITÄTSWECHSEL (SUPLANTACIÓN) .....	118
13. GEBIRGSENERGIE (ENERGÍA DE MONTAÑA) .....	130
14. SVOBODA BODNUTÍ (LA PICADURA DE LA LIBERTAD) .....	142
15. VIDÍM A SLYŠÍM (VEO Y ESCUCHO) .....	155
16. OSAMELOST (SOLEDAZ) .....	171
17. GLEITEND FEST (FIRME DESLIZANTE) .....	183
18. MLUVIT S PANEM MR. SVOBODA (CONVERSANDO CON MR. SVOBODA) .....	192

19. PŘEKVAPIVÝ VÝLET (UN VIAJE SORPRESA) . . . . .	204
20. ODOLAT (RESISTIR) . . . . .	222
21. PRÁVO NE (DERECHO AL «NO») . . . . .	235
22. PRED WDI (ANTE EL WDI) . . . . .	250
23. EDIMBURGH (EDIMBURGO) . . . . .	262
HECHOS POSTERIORES . . . . .	275
UNA NOTA MISTERIOSA . . . . .	281

## INTRODUCCIÓN

Cuando conocí a Mazúl ya era Zurka y no pude imaginar lo que se ocultaba detrás de aquella persona.

Tenía el pelo blanco y recogido en una coleta de caballo, lo cual era bastante inusual en alguien de su edad.

Su figura, incluso sentada, se mantenía firme y esbelta, con las manos apoyadas ligeramente sobre un bastón, que sostenía con delicadeza delante de sí.

Poseía esa elegancia tan característica de las personas que se muestran despreocupadas por su aspecto y encomiendan todo a una naturalidad que no les hace perder saber estar.

Su cabeza, erguida, fijaba la mirada en aquel lejano el horizonte que cobija la puerta hacia el infinito.

Permanecía tan firme como estática, sin dejar vislumbrar movimiento alguno, concentrada en sus pensamientos. Quizá en aquel momento se encontraba realizando un viaje por quién sabe dónde. Tal vez estuviera reviviendo alguno en concreto, pues parecía una persona con grandes experiencias; o quizá soñaba con poder llevar a cabo algún otro y estaba disfrutando de aspiraciones y deseos.

En cualquier caso me hizo preguntarme, «¿quién será?», y seguí observándola desde la distancia. Pese a sus años, su ser derrochaba viveza y vitalidad.

Quise respetar su paz y contuve mi deseo de acercarme a saludarla, pero me atraía su desconocida personalidad.

Por ese impulso extraño que surge sin que la voluntad apenas participe, algo me atraía de ella. Y, sin desearlo ni darme cuenta, construí un relato de misterio en torno a ella. Se me vinieron a la cabeza inexplicables pensamientos llenos de aventuras. Y, sin embargo, no sabía nada de ella. ¿Cómo habría sido la vida de aquella mujer? Igual me sorprendía al saber que había llevado una existencia plácida, cómoda y monótona, pero me resistía a creerlo.

Desde mi posición la notaba respirar. Con un ritmo estable y diría yo que relajado. Había algo de espiritual que destilaba calma.

A veces, en los lugares y momentos más insospechados, puede encontrarse uno con personas que, sin más razón que su apariencia, resultan interesantes. Viajando solo, como frecuentemente hago, es quizá más fácil que suceda algo así; por lo tanto no me resultó demasiado extraño.

Volvería a encontrarme con aquella señora días más tarde. Sostenía su estilográfica en la mano y una libreta abierta delante de ella. Cuando escribía noté que lo hacía con un sosiego envidiable. Daba la impresión de saber perfectamente lo que deseaba que sus trazos reflejaran. Era como si su energía fuera aprovechada internamente antes de convertirse en pensamientos precisos que plasmar en el papel. Quizá los años le habían enseñado a economizar de ese modo.

Tuve la impresión de que alguien así no encajaba demasiado en el mundo en que nos encontrábamos. Y me pregunté cuál sería la razón de su presencia allí.

Así fue como la historia de Mazúl nació ante mí y me topé con una aventura llena de secretos insospechados.

## 1. UDALOST (EL SUCESO)

Tenía tiempo; la mañana era algo fría pero despejada, así que decidió ir caminando. Primero pasaría por la Institución y luego iría a la editorial. En su cartera llevaba las últimas pruebas de su libro. Con las manos en los bolsillos, silbaba mientras marchaba con su característico estilo de largas zancadas.

De repente, al llegar a la esquina todo se le hizo confuso y borroso. Aquella bicicleta, imprudentemente conducida por la acera, hizo su aparición; escuchó de sí misma un ¡ay! y todo se disipó.

Según le dijeron después, las palabras del cirujano habían sido rotundas:

–Mejorará, y existe la posibilidad de que pueda recuperarse, pero probablemente necesite de asistencia permanente.

Aquel maldito accidente no solo le había fracturado la pelvis y la cadera sino, sobre todo, su trayectoria por la vida, coartando su autonomía. Las cosas ya no volverían a ser iguales y su forma de vida se vería radicalmente alterada.

En un abrir y cerrar de ojos se había convertido en un ser injusta e irremediabilmente dependiente.

Rusalka, la persona a quien los servicios de emergencia habían localizado como contacto suyo, se había desplazado hasta el hospital y escuchaba atónita aquellas palabras del médico.

El doctor, que no parecía haber seguido ningún curso de formación sobre amabilidad en la comunicación de malas noticias y al que se veía agobiado y agotado por las largas horas de guardia, fue tan contundente y extremo en sus conclusiones que no dejó hueco a la esperanza.

Lógicamente, tampoco supo dar explicación alguna acerca del modo en que aquello había sucedido.

—Yo solo me ocupo de hacer mi trabajo en Urgencias como cirujano. Los detalles sobre cómo, cuándo y dónde sucedió deberán preguntárselos directamente a los servicios de emergencias o a la Policía en su caso; quizá ellos puedan aclararles algo.

—¿Cuánto tiempo permanecerá hospitalizada?

—Nunca se sabe, pero calcule que no menos de un mes.

—¿Y después?

—Deberá asistir a tratamientos de fisioterapia y recuperación.

—¿Podemos verla?

—Está en Cuidados Intensivos. Deberá pasar al menos 48 horas allí aislada y sedada. A partir de las 72 horas podremos trasladarla a una habitación del área de Traumatología Geriátrica. Entonces podrán verla; antes no será fácil.

Así de resumido fue todo. No hubo más explicaciones. Lacónico, apático y crudo. Tan frío y rápido como el blanquecino pasillo del hospital en que hablaron.

Un poco antes de esa conversación, Franta, el sobrino de Mazúl, había llegado deprisa y corriendo al hospital.

Rusalka y Franta, que se habían conocido tiempo atrás, si bien no tenían demasiado contacto entre ellos, se quedaron perplejos y abatidos.

«¿Qué hacemos?» se preguntaba cada uno de ellos a sí mismo sin conseguir respuesta.

–Qué impotencia –dijo finalmente Rusalka.

–Sí, estamos en el aire, pero la cosa debe ser muy seria.

–Y además parece que de largo recorrido. Confíemos en que, siendo una mujer fuerte y voluntariosa, saldrá adelante y quizá pueda restablecerse por completo.

–Ojalá –expresó Franta.

Pero ambos sabían que aquello era más un deseo sin demasiado fundamento que, por las escuetas explicaciones del doctor, una posibilidad con visos de realidad.

–Al menos parece que saldrá adelante –dijo Rusalka.

\* \* \*

Mazúl, aunque atontada y dolorida, se dio cuenta, sin que nadie se lo dijera, de que algo muy grave había sucedido.

Su cuerpo no respondía a sus deseos y tuvo la impresión de encontrarse bloqueada.

No recordaba nada especial. Sabía que había salido de casa, que había estado en la Institución, donde había entregado unas traducciones; que luego pensaba dirigirse a la editorial; una esquina y nada más. Intentó hacer memoria, pero todo estaba borroso; gente, tal vez un coche, una sirena y nada; solo destellos sin sentido, conexión u orden temporal.

Su espíritu positivo y proactivo, de inmediato se aferró a la idea de que aquello sería temporal y circunstancial; que cuando pudiera concentrarse superaría esa situación, como había hecho tantas otras veces en la vida. Sin embargo, en esta ocasión su intuición se empeñaba

en enviarle una impresión mucho más rigurosa y dañina: «Tu vida será diferente», le decía.

Pero Mazúl se esforzó en mirar hacia otro lado sin querer escuchar aquella voz agorera.

Se sorprendió a sí misma cuando, en un momento de soledad, notó como unas lágrimas perdidas recorrían su rostro. ¡Ella, que estaba seca y nunca lloraba porque no aceptaba demostraciones de debilidad!

Pero, en esa ocasión, su otro Yo se había descontrolado y desbocado.

Claro que sabía que aquellas eran cosas que podían suceder; incluso había tenido conocidos cercanos a los que les habían ocurrido. Pero ¿a ella? ¿Cómo iba a sucederle algo así a ella? Siempre había sido una persona con buena suerte y gran fortaleza.

Y, de repente, otro flash de su mente la interrogaba: «¿Qué ha ocurrido?».

¡No!; a ella esas cosas no podían pasarle. De ninguna manera.

Intentó moverse, pero un fuerte dolor se lo impidió. No supo qué le hizo más daño, si su pelvis o la sonrisa incisiva de aquel otro Yo que le hizo sentirse vulgar cuando le espetó: «Eres igual que todos; ¿acaso te creías especial?».

Aquello la agredió. Si en aquel momento hubiera conseguido tener fuerzas, se hubiera lanzado sobre aquel cruel y ofensivo ente que abusaba de su debilidad; pero no consiguió moverse. Se dio cuenta de que, además del dolor y de su falta de reacción, estaba fuertemente atada a la cama y paralizada.

Aquel estado nervioso hizo que finalmente se sintiera agotada y cerró los ojos procurando relajarse. «Si no

puedes nadar contra la corriente, únete a la fuerza del río», recordó que solía decirle su padre.

Esperaba que el sueño la envolviera, pero no lo consiguió. La desazón no la dejaba.

Alguien anónimo le dijo algo así como: «Estás nerviosa; descansa un poco y te encontrarás mejor».

No fue capaz de identificar quién se lo decía, ni tampoco hizo mucho esfuerzo en averiguarlo. Con toda sinceridad, y aunque pareciera de mala educación, tampoco le importó demasiado.

En ese momento le importaba mucho más encontrar su propio ser.

Al poco tiempo notó un cierto sopor que lentamente le fue embriagando y dominando su voluntad, que para entonces ya se había entregado a la idea de que necesitaba relajarse y descansar. Su natural rebeldía en ese momento no le sería de ninguna ayuda.

«El sueño será al menos una liberación», pensó.

\* \* \*

Al despertarse notó que debía estar sedada. Tenía la boca rabiosamente seca. Su lengua se pegaba al paladar y le costaba despegar los labios.

Abrió lentamente los ojos y lo primero que le llegó fue esa fría luz blanquecina que parecía expresamente pensada y creada para una habitación de hospital. Luego sintió algo cálido que se aferraba a su mano y lo agradeció.

Aún tardó un tiempo en darse cuenta de que alguien cogía su mano. Después, un rostro se le acercó sonriente.

—¿Cómo estás? —le dijo.

¿Qué hacía aquella persona en su habitación? ¿De qué sueño se trataba?

Aún no sabía identificar muy bien quién era. En cualquier caso, respondió:

–Bien.

Fue una respuesta automática; casi un acto reflejo que le salió sin saber muy bien por qué. Era una expresión que había aprendido a usar, quizá porque reforzaba su fortaleza; era lo que le habían enseñado que se debía decir.

«Quejarse no vale de nada», había escuchado siempre «y dar lástima tampoco». Los mensajes recibidos durante la niñez se graban para siempre.

Así había vivido, y eso formaba ya parte habitual de su modo de ser y afrontar la existencia. No sabría decir si era algo innato a ella por herencia genética o si lo había ido adquiriendo a través de su educación y vivencias. Tampoco sabría si hubo un momento crítico o clave en su transformación, si es que lo hubo.

Sin embargo la realidad era muy diferente a lo que había manifestado. Se encontraba aturdida, desubicada, dolorida, inquieta y desganada.

«Demasiados sentimientos de debilidad», se dijo disgustada. Y optó por permanecer callada.

«Aprieta los labios y lucha», le habían dicho siempre.

«¿Quién será la persona que se encuentra así?», se preguntó. Porque desde luego ella no era. ¡No!; ella no era así; jamás lo había sido.

Ella era fuerte, decidida, clarividente en su rumbo y sacrificada; repleta de una energía que sabía conducir con firmeza hacia el propósito que deseaba conseguir. Y con una sonrisa donde ahora sentía un denso reseco.

–Estate tranquila, Mazúl –escuchó.

Aquella voz le sonaba, pero no conseguía identificarla. No podía ponerle nombre ni rostro. No fijaba bien la

vista y todo se le emborronaba, como le sucedía cuando en una novela no sabía lo que quería decir, ni quién lo dice ni cómo decirlo.

«Tendré que hacer lo que hacía con lo escrito en esos casos; romperlo todo, tirarlo y comenzar de nuevo». Liberarse de lo hecho, olvidarlo y evitar que la limitara o angustiara.

Se sentía, sin embargo, tan desalentada como cuando echaba un borrador al fuego con el trabajo de meses. Era un acto de reconocimiento de su descontento; un duro «empezar nuevamente de cero» porque no había encontrado salida. Era renunciar a alcanzar la cumbre de la montaña cuyo pico se había prometido escalar.

¿Por qué en ese momento le había venido a la mente eso de arrojar un centenar de folios manuscritos a la papelera o al fuego? ¿Qué tenía que ver con ella?

–Vaya desconcierto –dijo, aunque nunca supo si había llegado a balbucear aquellas palabras.

¿Habrían llegado a salir de su boca y las habría escuchado ese que cogía su mano? ¿Las entendería en su caso?

Fue entonces cuando sintió que en aquella estancia al menos estaban tres: ese desconocido que apretaba y daba calor a su mano; ella misma, que intentaba abrir los ojos, que sentía aquella terrible sequedad y deseaba controlar la situación; y ese otro Yo interior con quien mantenía una conversación tan íntima como secreta.

Cerró los ojos de nuevo. Necesitaba bucear a ver si encontraba el ansiado «lugar de la calma».

La sobresaltó una especie de tumulto blanco y desconocido que la rodeaba, le hacía preguntas, revisaba, palpaba, opinaba y daba instrucciones dirigidas nunca supo a quién.

Todo aquello la agitaba y envolvía en un torbellino nuevo y desconocido.

«¡Vaya forma de despertarme!», pensó. Y recordó una expresión que en su día escuchó a su abuelo cuando alguien le comentó que no ponía demasiado interés en escuchar...

«Para lo que hay que oír», había respondido.

Nunca había valorado en exceso, por no decir en nada, las opiniones de grupos tumultuosos.

«Tienen más interés en escucharse a sí mismos que en el valor real de lo que expresan», decía. La «sesera» es mucho menos pretenciosa.

Su abuelo era algo elitista, es cierto. Marginaba todo lo que no tuviera «dos dedos de frente». El «sinsentido», sobre todo si era engolado, le sacaba de quicio.

A quien vivía en las montañas y había tenido una vida dura, las sandeces no le aportaban nada.

«Pero ¿qué hace mi abuelo por aquí?», se preguntó. Y trató de sentir el contacto con aquella mano áspera que tomaba la suya siempre con el mayor cariño, o escuchar aquella voz melodiosa con la que conversaba.

Pero no estaba. Debía ser su «otro Yo» haciendo jugarretas.

Nunca supo cuánto después, porque en cuestión de control del tiempo estaba muy perdida, nuevamente notó que alguien irrumpía en la habitación.

Una voz aguda y gritona decía sorprendentemente:

—¿Cómo está mi enferma?

Adormilada como estaba, ni se molestó en contestar. Sentía necesidad de ocuparse de sí misma más que de mostrarse educada.

—¿No me quieres hablar? —insistió, con ese agudo tono que se clavaba en los tímpanos.

La verdad es que ni entendía mucho lo que pasaba ni le apetecía esforzarse por entenderlo. Solo sentía un rechazo indefinido; tal vez por la estridencia de aquella voz.

Tampoco tenía muy claro si se refería a ella con aquellas expresiones que parecían fórmulas hechas y despersonalizadas.

—A ver; dame ese bracito.

Entonces vio una figura de bata blanca colocando un frasco que, junto a otros, colgaban sobre su cabeza. Luego cogió su brazo y lo extendió sobre la cama.

—A ver el pinchacito.

No comprendía ni a qué venía tanto diminutivo ni a qué obedecía esa manía de hablar sola, pero aún se despidió más cuando le dijo:

—A ver, corazón, que te voy a poner la medicación.

—¿Qué es? —preguntó con esfuerzo.

—Pues lo que te ha mandado el médico.

—Ya supongo —le dijo—, pero ¿qué es?

—Un calmante —alegó sin más.

—Ya —confirmó con cierta desgana.

—Ahora duérmete, cariño —le recomendó mientras salía.

Un descuidado portazo puso punto final a esa curiosa visita.

Lo sucedido le dejó algo atónita. No contestó «Ahora no tengo ganas», que era como se sentía por no escuchar de nuevo aquella voz de pito; prefirió no darle más vueltas al asunto y lo aparcó a un lado. Su mente podría encontrar muchos otros caminos más interesantes y agradables en los que concentrarse antes que en aquella sandez.

